

buto no quita el gozar con propiedad aquel atributo. Así, uno que es ménos sabio que otro, no por eso deja de ser propiamente sabio. Lo cuarto y último, porque á quien prueba la posesión de algun atributo, responder que no es tal atributo, sino otra cosa que se le parece, sin decir más, es evasión ridícula, pues de este modo no hay argumento, por concluyente que sea, que no se pueda eludir.

Santo Tomas, en el lugar citado arriba, de la *Prima Secundæ*, da respuesta más determinada, pero, á mi corto modo de entender, sumamente difícil. Dice que en el caso alegado del perro y otros semejantes no hay razon, eleccion, ordinacion ó direccion activa de parte suya, si sólo pasiva; esto es, ordénalos y dirígelos la razon divina, del mismo modo que ellos se dirigieran si tuvieran uso de razon. Así como la saeta, son símiles de que usa el Santo, sin tener uso de razon, es dirigida al blanco por el impulso del flechante, del mismo modo que ella se dirigiera si fuera racional y directiva; y el reloj por la ordenacion racional del artífice se mueve y da regularmente las horas, como él lo hiciera por sí si tuviese entendimiento. Todo esto lo establece sobre el fundamental axioma de que «como las cosas artificiales se comparan al arte humana, así las cosas naturales al arte divina».

Con el profundo respeto que profeso á la doctrina del angélico maestro, y hecha la salva de que en conocimiento de la admirable sublimidad de su divino ingenio, aun cuando en su doctrina encuentro una ú otra máxima que no se acomoda á mi inteligencia, creo que es por cortedad mia, me será lícito proponer los reparos que me ocurren sobre dicha solucion.

Lo primero, esta doctrina, ya por los símiles de que usa, ya por la máxima que establece, más á propósito parece para defender la sentencia cartesiana que la comun. Ciertamente Descartes se sirve de las mismas expresiones y de la misma máxima para decir que los brutos son máquinas inanimadas. Enseña que sus movimientos son causados por Dios de la misma forma que los del reloj por el artífice; y su grande argumento es, que pudiendo un artífice de limitada sabiduría, cual es el hombre, fabricar máquinas de tan varios y regulados movimientos, como se han visto muchas, y algunas que han imitado en parte los movimientos mismos de los brutos, no puede negarse que un artífice de infinita sabiduría, cual es Dios, sepa fabricar unas máquinas que tengan todos los movimientos que vemos en los brutos.

Lo segundo, la direccion de la causa primera en los movimientos de los brutos no les quita á estos el uso vital de sus facultades, ó no estorba que sean vitales sus movimientos. Así, su direccion no es puramente pasiva, como en el reloj y la flecha, si que juntamente son moventes y movidos. Tampoco les quita que obrén con tal cual conocimiento. Sobre este, pues, procede nuestra prueba, pretendiendo que en él se hallan todas las señas de discursivo. La máxima de que las cosas naturales se comparan á la arte divina, como las artificiales á la arte humana, tiene tambien lugar en el hombre y en sus potencias, que son entes naturales; luego, así como de ella no se infiere defecto de discurso en el hombre, tampoco en el bruto.

Lo tercero, la direccion activa de los brutos respecto de algunos movimientos suyos es, digámoslo así, visible, y tanto, que resplandece en ella toda aquella serie de actos que tenemos en nuestras deliberaciones: intencion del fin, duda, consejo, eleccion de medios, ejecucion de ellos, y últimamente asecuracion del fin. Representaremos esto en un caso comunísimo, y éste será nuevo argumento probativo de nuestra conclusion.

Contémpense los movimientos de un gato desde el punto que ve un pedazo de carne colgada ó puesta en parte donde no sea muy fácil cogerla. Detiénese, lo primero, un poco pensativo, como contemplando la dificultad de la empresa; ya empieza á resolverse; mira hácia la puerta, por si viene persona que le sorprenda en el hurto; asegurado de que no hay por esta parte impedimento, se confirma en el propósito; registra los sitios por donde pueda acercarse; salta sobre una arca, de allí sobre una mesa; de nuevo duda, mide con los ojos la distancia; conoce que el salto desde allí es imposible; muda de puesto, y de este modo va continuando las tentativas hasta que, ó logra la presa, ó desesperado, la abandona.

¿Quién en este progreso de diligencias no ve como por un vidrio toda aquella serie de actos internos que los hombres tienen en semejantes deliberaciones? Donde será bueno añadir una reflexion en forma silogística. Uno de los argumentos que hacemos á los cartesianos, para probar que los brutos son sensibles, es, que los vemos hacer todos aquellos movimientos que los hombres hacen por sentimiento, puestos en las mismas circunstancias; *sed sic est* que en el caso propuesto vemos hacer al gato todos aquellos movimientos que un hombre hace por deliberacion y discurso, puesto en las mismas circunstancias; luego, si lo primero prueba en los brutos sentimiento, lo segundo prueba deliberacion y discurso.

Finalmente (dejando otros muchos argumentos), probaré la racionalidad de los brutos con una accion observada en algunos, que aunque no es de las comunes, por ser tambien singular la prueba, merece tener aquí lugar. Aristóteles, en los *Problemas*, dice, que el acto de contar ó numerar es tan privativo del hombre, que ningun otro animal es capaz de él; en que da bastante mente á entender, que este acto pide proceder de principio racional. Sin embargo, se han visto brutos que cuentan los dias de la semana, y observan su curso y serie. En nuestro colegio de San Pedro de Exlonza, distante tres leguas de la ciudad de Leon, hubo en mi tiempo un pollino, que apenas hacia otra jornada que una cada semana los juéves, montado de un criado que llevaba las cartas del colegio á la estafeta de aquella capital. El buen pollino no estaba bien con este paseo; y llegando el dia juéves, indefectiblemente se escapaba de la caballeriza, y se ocultaba cuanto podia, para excusar la jornada, lo que nunca hacia otro algun dia de la semana. En que tambien era admirable la sagacidad y maña de que usaba para abrir la puerta, precisando, en fin, á que la noche ántes del juéves se le cerrase con llave.

Nicolás Hartsoeker, en el libro *Ilustraciones sobre las conjeturas físicas*, refiere otro tanto de algunos per-

ros. Pondré aquí todo el pasaje de este autor á la letra: «Un perro, dice, estando acostumbrado á ir regularmente, todos los dias de domingo, de Paris á Charenton con su amo, que iba á oír la predicacion en aquel lugar, fué dejado un domingo cerrado en casa. No le agradó esto al animal; pero imaginando sin duda, como se puede juzgar por lo que se siguió despues, que esta habria sido casualidad, y que no sucederia otra vez, tuvo paciencia. Pero como el domingo siguiente le dejase cerrado el amo del mismo modo, tomó tan bien sus precauciones, que no pudo hacerlo tercera vez. ¿Qué hizo el perro? Partió el sábado antecedente de Paris á Charenton, donde el amo le halló el domingo, y supo que el sábado cerca de anocheer habia llegado allí. ¿Un hombre podria razonar mejor? Si yo espero á mañana (dijo para consigo el perro), no podré evitar que me cierren, como hicieron las dos veces pasadas. El remedio, pues, es partir la víspera. Sabía, pues, me dirán, contar los dias. Sin duda; y esto no es cosa tan extraordinaria, que no hay mil ejemplares. Hay perros, que viviendo cerca de alguna ciudad, jamas deján de ir á ella los dias de mercado, que se tiene una vez cada semana, por ver si pueden pescar algo.»

Si fuese verdad lo que dice Aristóteles, que la gente de Tracia no podia contar sino hasta el número de cuatro, porque, á manera de los niños, no podia retener más serie de números en la memoria, más capaces son que los traces los brutos de quienes hemos hecho mencion, pues por lo ménos contaban hasta siete, que es el número de los dias de la semana. Pero que fuese tanta la incapacidad de aquella gente no es verosímil. Constantinopla es comprehendida en la Tracia, y cuentan allí tan bien como en otras partes millones enteros para ajustar las rentas de su soberano.

#### § VII.

Resta ya que respondamos á los argumentos contrarios. Lo primero que se puede argüir es, que entre los brutos, todos los individuos de cada especie obran con uniformidad y semejanza en todas sus acciones, y lo contrario sucederia si obrasen con eleccion y discurso, como de hecho por esta razon se ve tanta variedad en el obrar dentro de la especie humana.

Aunque este argumento es de santo Tomas, me parece se debe negar el asunto. Yo no veo esa uniformidad de obrar en los individuos de cada especie de brutos; ántes sí se observan unos más que otros; unos más mansos, otros más fieros; unos más domesticables, otros más ariscos; unos más sagaces, otros más rudos; unos más tímidos, otros más animosos; generalmente no hay inclinacion ó facultad en cuyo uso no se advierta alguna desigualdad en los brutos de una misma especie. Es verdad que no tanta como en los hombres, lo cual depende de la mucho mayor extension del conocimiento de estos, por el cual perciben más multitud de objetos, y un mismo objeto le miran á diferentes luces. El hombre distingue los tres géneros de bienes: honesto, útil y delectable; y tal vez se deja llevar del honesto, tal vez del delectable, tal vez del útil. El bruto no percibe el bien honesto, y el útil le confunde con el delectable; y como este sea uno mismo, con corta va-

riedad, respecto de toda la especie, todos en sus operaciones miran á aquel bien sensible que los deleita.

Pero en la industria con que buscan ese bien mismo á que los determina su inclinacion, se halla notable diferencia, no sólo en los individuos de una especie, mas aun en las diferentes edades de un mismo individuo, haciéndolos la experiencia y observacion más advertidos en el uso de sus facultades. Esta parece prueba concluyente de que no obran por un ímpetu ciego, movido del preciso impulso que les da el Autor de la naturaleza, sino por advertencia y conocimiento. El perro y el gato, al principio, aun en presencia del dueño, se tiran á cualquiera comestible que sea de su gusto, pero despues de ver que por esto los castigan, se reprimen. En los toros que ya fueron corridos, todos notan mucho mayor malicia y advertencia en el modo de acometer. El galgo, en los primeros ejercicios de la caza, sigue puntualmente las huellas de la liebre; pero despues que algunas experiencias le mostraron que ésta, desde la falda del monte donde la levantaron, siempre sube á la eminencia, si ve que no toma á ella en derechura sino con algun rodeo, dejando sus huellas, corta por el atajo, y con ménos fatiga y más seguridad la coge en la cumbre. Esto prueba visiblemente, que la experiencia los doctrina y hace más cautelosos y advertidos, como á los hombres que usan de la observacion para enmendar los yerros cometidos, y que tienen inventiva de medios para lograr sus fines.

Argúyese, lo segundo: si los brutos fuesen discursivos, serian racionales; luego no se distinguirían esencialmente de los hombres, pues les convendria la definicion del hombre, que es *animal racional*.

Distingo el antecedente: serian racionales con racionalidad de inferior orden á la del hombre, concedo; del mismo orden, niego, y niego la consecuencia. El discurso del bruto es muy inferior al del hombre, tanto en la materia como en la forma: en la materia, porque sólo se extiende á los objetos materiales y sensibles; ni conoce los entes espirituales, ni las razones comunes y abstractas de los mismos entes materiales. Tampoco es reflexivo sobre sus propios actos. Y á este modo se le hallarán acaso más limitativos que los expresados, aunque éstos son bastantes. En la forma tambien es muy inferior; porque los brutos no discurren con discurso propiamente lógico (hablo de la lógica natural), ni son capaces de la artificial; porque, como no conocen las razones comunes, no pueden inferir del universal el particular contenido debajo de él. Sólo, pues, hacen dos géneros de argumentos: el uno *à similitudine*, el otro *à sufficiente partium enumeratione*; pero el primero es el más comun entre ellos. Por esto el caballo, si le dejan la rienda, se mete en la venta donde estuvo otra vez; porque, de haberle dado cebada en ella, infiere que se la darán ahora. El gato á quien castigaron algunas veces porque acometió al plato que está en la mesa, se reprime despues, infiriendo que tambien ahora le castigarán, etc.

Argúyese, lo tercero: si los brutos fuesen racionales, serian libres; luego capaces de pecar y obrar honestamente, lo cual no puede decirse. El antecedente consta, pues de la racionalidad se infiere la libertad.

Lo primero, se podría negar absolutamente el antecedente, si se habla de la libertad en orden al fin; porque, como sólo conocen el bien delectable, están necesariamente determinados á la prosecucion de él, y sólo les puede quedar alguna indiferencia en orden á los medios de conseguirle, cual parece que la hay en el ejemplo del gato que propusimos arriba, cuando arbitra sobre el modo de coger la carne colgada.

Lo segundo, distingo el antecedente: serian libres con libertad puramente física, permito ó concedo; con libertad moral, niego, y niego la consecuencia. No hay ni puede haber libertad moral en los brutos, porque no conocen la honestidad ó inhonestidad de las acciones, pero sí alguna libertad física, que consiste en un género de indiferencia respecto de lo material de sus operaciones. El uso de esta libertad se observa en algunas ocurrencias. Cuando están dos perros, ó un perro y un gato, amenazándose á reñir, se nota en ellos cierto género de perplejidad sobre si acometerán ó no. Ya se avanzan, ya se retiran; y según los dos afectos de ira y miedo, los impelen ó los refrenan; ya forman propósitos, ya los retractan, hasta que ganando el viento una de las dos pasiones, ó determinan la acometida ó la retirada.

Este mismo uso de libertad puramente física se observa, en la especie humana, en los locos, y aún mejor en los niños. Es cierto que estos ántes de llegar al uso de razón no son capaces de pecar ni merecer, porque no tienen idea ó concepto de lo honesto ni de lo inhonesto; mas no por eso dejan de ser libres en sus acciones; y así, se usa con ellos de la doctrina, de la promesa y la amenaza, para que elijan esto, y no aquello. Y ¿quién no ve que en locos, niños y brutos sería el castigo totalmente inútil para retraerlos de algunas acciones, si sólo un impetu inevitable, desnudo de toda libertad, los arrastrase á ellas?

### § VIII.

Argúyese, lo cuarto: si las almas de los brutos fuesen racionales, serian espirituales; y por consiguiente inmortales; esto no puede decirse; luego pruébase la mayor, porque de la racionalidad del alma humana se prueba su espiritualidad, y de su espiritualidad su inmortalidad. Luego, habiendo la misma razón fundamental en las almas de los brutos, legítimamente se inferirían uno y otro consiguiente.

Respondo que no se demuestra ni infiere la espiritualidad del alma humana de su racionalidad, según aquella razón común en que, según nuestra sentencia, conviene con el alma del bruto, sino según la razón específica y diferencial, por la cual se distingue de ella. Quiero decir, que no es espiritual porque discurre como discurre el bruto, sino porque entiende lo que no entiende el bruto. El doctísimo y discretísimo padre Pablo Señeri, en la primera parte del *Incrédulo sin excusa*, capítulo xxviii, prueba largamente la espiritualidad é inmortalidad de la alma racional por sus operaciones intelectivas; pero sin recurrir al discurso ó ración, si sólo al conocimiento de determinados objetos, el cual por sí mismo prueba la espiritualidad é

inmortalidad; conviene á saber, el conocimiento de los entes espirituales, el de las razones comunes ó universales, y el reflejo de sus propios actos. Estos tres géneros de conocimientos son privativos del hombre, y en ellos se distingue del bruto, como ya advertimos arriba.

Asimismo santo Tomas, en el libro segundo *Contra gentiles*, capítulo lxxix, con muchos argumentos demuestra la inmortalidad de la alma humana, sin deducir prueba alguna de su facultad discursiva. Por lo que mira al conocimiento, pone ó toda ó la mayor fuerza en que conoce las cosas espirituales, y espiritualiza las mismas cosas materiales con la abstracción de razones comunes. Y aunque es verdad que también prueba la espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma por el capítulo de inteligente, sin adito, así en la parte citada, como en otras anteriores de aquel libro, concernientes al mismo asunto, explica, que por *inteligencia* entiende el conocimiento de razones universales, propio del hombre y negado al bruto. Nótese estas palabras en el citado capítulo: *Intelligere enim est universalium, et incorruptibilium, in quantum hujusmodi*. De modo que hallamos, que las pruebas sólidas de la inmortalidad del alma racional, que se fundan en su virtud cognoscitiva, sólo se toman de aquella perfección del conocimiento que concedemos al hombre y negamos al bruto.

Ni santo Tomas pudiera sin inconsecuencia fundar la espiritualidad é inmortalidad en la virtud discursiva, tomada precisamente. La razón es clara, porque en la doctrina del angélico maestro, el discurso envuelve potencialidad, y la potencialidad materialidad. Por eso á los ángeles, como espíritus puros, les niega formal discurso. Es verdad que el discurso lógico propio de los hombres y negado á los brutos, que procede del universal al particular, infiere la espiritualidad del alma humana; pero no por lo que es formalmente en sí mismo, sino por lo que presupone ó por lo que envuelve, que es el conocimiento de las razones universales.

Concedemos, pues, algún discurso á los brutos (en la forma que se explicó arriba), el cual, como formalmente potencial, no puede argüir inmaterialidad; negámosles todos aquellos conocimientos de que se infiere la espiritualidad; esto es, el conocimiento de las cosas espirituales é incorruptibles, el de las razones comunes áun de las cosas materiales, el reflejo de sus propios actos; á que añadimos el conocimiento de lo honesto é inhonesto, el cual, también en mi sentir, prueba concluyentemente la espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma. Pero no puedo detenerme ahora en mostrar la eficacia, ni de este argumento, ni de los antecedentes, porque sería menester gastar en esto mucho tiempo. Quien quisiere instruirse bien en esta materia lea desde el capítulo xxvii hasta el xxxii inclusive del primer tomo del *Incrédulo sin excusa*, del padre Señeri, pero especialmente, por lo que mira á nuestro intento, el xxviii, xxx y xxxi.

Argúyese, lo quinto, y puede ser réplica sobre el argumento antecedente: si las almas de los brutos no son espirituales, son materiales; si son materiales, no pue-

den discurrir, porque la materia no es capaz de discurso; luego.

De este argumento no pueden usar los aristotélicos contra nosotros; pues si prueba que los brutos no pueden discurrir, prueba igualmente que no pueden sentir, porque la materia por sí misma igualmente es incapaz de sentimiento que de discurso. Y así, de este argumento usan los cartesianos contra los peripatéticos y demás sectas de filósofos, y es su Aquiles para probar que los brutos son máquinas inanimadas. Respondemos, pues, por todos.

Para lo cual noto, que cuando se ventila este argumento entre cartesianos y peripatéticos, aquellos incurren una equivocación, y estos no la deshacen con la claridad que es menester. Confunden los cartesianos el ente material con la materia, como si fuesen una misma cosa; y los peripatéticos, ó no señalan la distinción, ó no la ponen tan clara como se debe.

Digo, pues (empecemos por aquí), que si se me pregunta si el alma del bruto es materia ó es espíritu, responderé, que ni uno ni otro. Pero si se me pregunta si es material ó espiritual, responderé que determinadamente es material. Que la alma del bruto no es materia, es claro; porque por materia se entiende aquel primer sugeto indiferente para toda forma, y el alma del bruto no es ese primer sugeto, sino forma de él. Pero ¿de aquí se inferirá que es espíritu? De ningún modo. Si esta ilación fuese buena en la alma del bruto, lo sería asimismo en la forma substancial de la planta, en la del metal, en la de la piedra, pues en todas subsiste la misma razón. Así, generalmente se debe pronunciar que las formas substanciales (lo mismo digo de las accidentales), que ponen los aristotélicos, ni son materia ni espíritu. Y lo mismo deberán decir los cartesianos de las modificaciones de la materia que señalan como equivalentes á las formas aristotélicas. La figura cuadrada, verbi gracia, no es espíritu, tampoco es materia; porque, como la materia siempre es la misma, siempre subsistiría la misma figura (1).

Pero, aunque no es materia, es material el alma del bruto. ¿Qué quiere decir esto? Que es esencialmente dependiente de la materia en el hacerse, en el ser y en el conservarse. Y esto se entiende por ente material *adjectivè*, á diferencia del ente material *substantivè*, que es la materia misma. Esta dependencia esencial de la materia en las almas de los brutos se colige evidentemente de que todas sus operaciones están limitadas á la esfera de los entes materiales, como al contrario, la independencia de la alma humana de la materia se infiere de que la esfera de su actividad intelectual incluye también los entes espirituales.

Puesta esta distinción, se ve claramente cuán erradas van todas aquellas ilaciones, que de la carencia de algún predicado en la materia pretenden deducir la carencia del mismo predicado en la forma material. Así

(1) Algun tiempo después de estampada nuestra opinión sobre la alma de los brutos, salió á luz la primera vez el *Curso físico, ó Conversaciones físicas* del padre Regnault, en cuyo cuarto tomo, conversacion 2.ª, he visto que defiende la misma sentencia que yo llevo, de que la alma de los brutos es un medio entre materia y espíritu.

como sería ridículo argumento este: «La materia no es capaz de sentir; luego la forma material no es capaz de sentir.» O este: «La materia no es activa; luego la forma material no es activa;» lo es también éste, que estriba en el mismo fundamento y procede debajo de la misma forma: «La materia no es capaz de conocer y discurrir; luego la forma material no es capaz de conocer y discurrir.» El que deberá calificarse de buen argumento será este: «Una forma material, cual es la alma del bruto, depende en su ser esencialmente de la materia; luego la jurisdicción de su actividad sólo se extiende á los entes materiales;» porque en virtud de la secuela natural del obrar al ser, aquel limitativo en el ser trae este limitativo en el obrar. De este modo, y siguiendo este sistema, se ven claros, y como señalados por la misma naturaleza de las cosas, los lindes que dividen las dos jurisdicciones del conocimiento del hombre y el del bruto. La alma de aquel, como independiente en su ser de la materia, alarga su conocimiento fuera de todos los términos de la materia, esto es, á los entes espirituales; la de éste, como dependiente, no percibe sino los materiales.

Pensar que todas las formas materiales, por tales, deben participar aquella, llamémosla así, aquella rudísima torpeza de la materia, es entender groseramente las cosas. La crasa mole de la materia, *rudis indigestaque moles*, es una misma en todos los entes, y por sí misma inútil para todo. Sin embargo, las formas que dependen esencialmente de ella son tan desiguales en perfección, y muchas tan maravillosas en su modo de obrar, que no pueden contemplarse sin estupor. ¿Cuánto dista la forma del metal de la de la piedra! Entre los mismos metales, ¿cuánto excede la del oro á la del plomo! Si se examina la más humilde planta de la selva, se halla que supera la forma de ésta con un exceso inmensurable á la del oro. ¿Ves aquella artificiosísima textura? aquella bien ordenada serie de sutilísimas fibras? aquellos vivísimos colores? ¿aquella de casi invisibles conductos, que son otras tantas máquinas hidráulicas, por donde sube y baja regladamente el jugo de la tierra? pues eso, que ningún artífice humano acertaría á hacer, todo eso lo hizo esa forma material de la planta. Mira ahora cuánto dista su actividad de esa grosera materia de quien depende. Es verdad que lo hace sin conocimiento de lo que hace; pero no sé si esto es mayor maravilla que hacerlo con conocimiento. Ciertamente, cuando vemos cualquiera artificio exquisito, mucho más nos admiramos si nos dicen que le hizo un ciego, que uno que tenía vista.

Aunque los cartesianos niegan toda forma material, no se escapan de la fuerza de nuestra reflexión; pues las modificaciones que conceden á la materia, tan materiales son como nuestras formas. Sin embargo, de ellas resultan en su sentencia tantos admirables fenómenos como hay en la naturaleza, y sin ellas la materia no sería más que una ruda é informe masa, inútil para todo. Miren los cartesianos cuánto dista, áun en su sentencia, lo material de lo que es puramente materia.

Supuesto, pues, que teniendo la materia sólo capacidad pasiva, tiene tanta amplitud la virtud activa de

las formas materiales, no debe reglarse la actividad de éstas por la incapacidad de aquella, sino segun la proporcion que hemos establecido; determinando que las formas materiales, como dependientes esencialmente en su sér de la materia, tienen tambien su obrar limitado dentro de la esfera de los objetos materiales. Ésta es la raya más justa que se puede tirar para dividir los términos de la facultad cognoscitiva de los brutos y la del hombre, y otra cualquiera que se tire, ó más adelante ó más atras, será absurda y arbitraria.

## § IX.

Argúyese, lo último: en las sagradas letras se les niega entendimiento y razon á los brutos; luego pruébase el antecedente de aquellas palabras del salmo 31: *Nolite feri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus*; y aquellas de la epístola segunda de san Pablo: *Velut irrationabilia pecora*.

Respondo, lo primero, que fácilmente podriamos oponer textos á textos, pues en *Job* (1) se halla, que Dios dió entendimiento al gallo: *Quis posuit in visceribus hominibus sapientiam? Vel quis dedit gallo intelligentiam?* Que aunque se dice en forma de interrogante, del contexto consta que es aseveracion. Y en los *Proverbios* (2) se lee que tiene sabiduría la hormiga, de la cual puede aprender el hombre: *Vale ad formicam opiger, et considera vias ejus, et discite sapientiam*.

Respondo, lo segundo, que la Escritura por lo comun no usa de las voces segun el rigor filosófico, sino segun el uso civil, de lo cual se podrian dar innumerables ejemplos. Basten estos dos, tomados del capítulo primero del *Génesis*: en el versículo 21 se dice, que crió Dios los peces cetáceos: *Creavit Deus cete grandia*; siendo cierto que hablando filosóficamente no los crió, pues los hizo de sugeto ó materia presupuesta. Y en el versículo 30 sólo atribuye vida, ó alma viviente, al hombre y á los brutos: *Et cunctis animantibus terræ, omnique volucris cæli, et universis, quæ moventur in terra, et in quibus est anima vivens, ut habeant ad vescendum*; lo cual no quita que las plantas tengan vida ó alma viviente, conviene á saber, vegetativa. Como, pues, estas voces, *entendimiento, razon, discurso* y otras semejantes, en el uso civil y comun significan con más estrechez que tomadas filosóficamente, y suponen sólo por la facultad cognoscitiva del hombre, en este sentido las toma la Escritura cuando niega tales atributos á las bestias. Fuera de que, comparados los brutos con los hombres, legítimamente se pueden llamar irracionales, por faltarles aquel conocimiento superior, propio del hombre. Así, David llama bárbaro al pueblo egipcio, refiriendo la salida del pueblo de Israel de aquella tierra: *In exitu Israel de Ægypto, domus Jacob de populo barbaro*. Consta, no obstante, que no habia entonces gente de mayor policia y cultura de letras que los egipcios; pues en los *Actos de los apóstoles*, para ponderar la ciencia de Moisés, se dice, que aprendió toda la sabiduría de los egipcios: *Et eru-*

(1) Capítulo xxxviii.

(2) Capítulo vi.

*ditus erat Moyses omni sapientia Ægyptiorum*. Pero pudo David llamarlos bárbaros, porque los hebreos los reputaban tales, porque carecian del conocimiento más importante; esto es, del verdadero Dios.

Y en cuanto al primer texto que se nos opone del salmo, tomando la voz *entendimiento* é *inteligencia* en el riguroso sentido en que santo Tomas lo toma, por el conocimiento de las cosas universales é incorruptibles: *Intelligere enim est universalium, et incorruptibilium*, absolutamente se debe decir, que los brutos carecen de entendimiento A que añadiremos, que el salmista toma allí la voz *entendimiento* en este sentido; pues exhortando á los hombres á que no se hagan como las bestias, que no tienen entendimiento, quiere decir, que no consideren y abracen los bienes sensibles y materiales, como hacen los brutos, sino los espirituales y eternos. Luego, así como no se puede inferir de aquel texto que los hombres carnales, que viven *more brutorum*, no entienden ni discurren en órden á los bienes sensibles, tampoco se puede inferir lo mismo de los brutos, á quienes se comparan.

## § X.

Para complemento de este discurso se resolverá aquí brevemente otra cuestion curiosa, que tiene algun parentesco con la principal; conviene á saber, si los brutos tienen locucion propriamente tal, ó idioma con que se entiendan entre sí los de cada especie.

En que, lo primero, decimos que se deben condenar como fabulosas algunas narraciones que hay en esta materia, si no intervino obra del demonio en ellas. Tal es en Homero la del caballo de Aquiles, llamado Xanto, que le pronosticó la muerte á su dueño. Tal en Julio Obsequente, escritor latino, la del buey que avisó á los romanos de la inundacion que amenazaba el Tiber con estas voces: *Roma, tibi cave*; «Guárdate, Roma.» Tales otras muchas de aquel gran amontonador de prodigios Tito Livio, en las cuales juzgo que no hay más verdad, que en que un árbol hablase á Apolonio Tiano, como cuenta Filostrato; en que un rio saludase á Pitágoras, como refiere Porfirio; en que hablase el laurel consagrado á Apolo, en Metaponto, como se lee en *Ateneo*, y en que á Mahoma, en la vuelta de Mecca, le rindiesen el mismo obsequio cuantos árboles, peñascos y montes halló en el camino, como mienten los mahometanos, y queda impugnado en el discurso acerca de *Milagros supuestos*, página 117.

Digo, lo segundo, que algunos brutos que tienen la lengua acomodada para ello, pueden, por instruccion, imitar las voces humanas. Esto se ve cada dia en los papagayos. Y otras aves son capaces de lo mismo, como el cuervo que todos los dias iba á saludar en público á Tiberio, Germanico y Druso; el célebre tordo de Agripina, madre de Neron, y aquella multitud de pájaros que el cartagines Hanon enseñó á decir: «Hanon es Dios;» y despues, puestos en libertad, en todas partes repetian la misma sentencia, con asombro de los africanos, que, creyéndolos inspirados de superior númen, estuvieron cerca de erigir templos al astuto Hanon, quien con ese fin habia instruido aquellas aves. Aun los cuadrúpedos

son capaces de lo mismo. En las *Memorias de Trevoux* es citado el célebre baron de Leibnitz, que dice vió un perro, el cual articulaba hasta treinta voces alemanas, aunque no con perfeccion.

Digo, lo tercero, que aquellos sonidos ó voces, diversamente moduladas, de que usan los brutos, no constituyen locucion verdadera ó idioma propriamente tal. La razon es, porque este consta de voces inventadas á arbitrio y significativas *ad placitum*; pero las de los brutos no son tales, sino inspiradas por la misma naturaleza ó signos naturales; lo cual se colige evidentemente de que del mismo modo aullan, verbi gracia, los perros en Alemania que en España, y del mismo modo graznan los cuervos en Asia que en Europa; y si se explicasen por instruccion, en diversas tierras tendrian diferente explicacion, como los hombres.

Digo, lo cuarto, que aquellas voces son significativas

de sus propios afectos, mas no de las cosas que perciben con los sentidos. La razon es, porque, respecto de la multitud de objetos que perciben, es poquísima la variedad que notamos en su voz. Así, no merece alguna fe lo que Filostrato cuenta de Apolonio, que entendia el idioma de las aves, y el gracioso suceso que á este asunto refiere. No niego por eso que las voces de los brutos, significando inmediatamente sus afectos, signifiquen mediatamente con alguna generalidad los objetos que mueven sus afectos; pero esta no es locucion, así como no lo es en nosotros levantar el grito cuando nos dan un golpe, aunque el grito, significando inmediatamente el dolor, signifique mediatamente el golpe que le ocasiona.

Si es posible, ya que no le haya de hecho, invencion de idioma entre los brutos, es materia de discursion más larga, y ya este discurso se ha extendido mucho.

## AMOR DE LA PATRIA Y PASION NACIONAL.

## § I.

Busco en los hombres aquel amor de la patria que hallo tan celebrado en los libros; quiero decir, aquel amor justo, debido, noble, virtuoso, y no le encuentro. En unos no veo algun afecto á la patria; en otros sólo veo un afecto delincuente, que con voz vulgarizada se llama pasion nacional.

No niego que revolviendo las historias se hallan á cada paso millares de víctimas sacrificadas á este ídolo. ¿Qué guerra se emprendió sin este especioso pretexto? ¿Qué campaña se ve bañada de sangre, á cuyos cadáveres no pusiese la posteridad la honrosa inscripcion funeral de que perdieron la vida por la patria? Mas si examinamos las cosas por adentro, halláremos que el mundo vive muy engañado en el concepto que hace de que tenga tantos y tan finos devotos esta deidad imaginaria. Contemplemos puesta en armas cualquiera república sobre el empeño de una justa defensa, y vamos viendo á la luz de la razon qué impulso anima aquellos corazones á exponer sus vidas. Entre los particulares, algunos se alistán por el estipendio y por el despojo; otros, por mejorar de fortuna, ganando algun honor nuevo en la milicia, y los más por obediencia y temor al príncipe ó al caudillo. Al que manda las armas le insta su interes y su gloria. El príncipe ó magistrado, sobre estar distante del riesgo, obra, no por mantener la república, sí por conservar la dominacion. Ponme que todos esos sean más interesados en retirarse á sus casas que en defender los muros, verás cómo no quedan diez hombres en las almenas.

Aun aquellas proezas que inmortalizó la fama como últimos esfuerzos del celo por el público, acaso fueron más hijas de la ambicion de gloria que del amor de la

patria. Pienso que si no hubiese testigos que pasasen la noticia á la posteridad, ni Curcio se hubiera precipitado en la sima, ni Marco Attilio Régulo se hubiera metido á morir en jaula de hierro, ni los dos hermanos Filenos, sepultándose vivos, hubieran extendido los términos de Cartago. Fué muy poderoso en el gentilismo el hechizo de la fama póstuma. Tambien puede ser que algunos se arrojasen á la muerte, no tanto por el logro de la fama, cuanto por la loca vanidad de verse admirados y aplaudidos unos pocos instantes de vida, de que nos da Luciano un ilustre ejemplo en la voluntaria muerte del filósofo Peregrino.

En Roma se preconizó tanto el amor de la patria, que parecia ser esta noble inclinacion la alma de toda aquella república. Mas lo que yo veo es, que los mismos romanos miraban á Caton como un hombre rarísimo y casi bajado del cielo, porque le hallaron siempre constante á favor del público. De todos los demas, casi sin excepcion, se puede decir que el mejor era el que, sirviendo á la patria, buscaba su propria exaltacion más que la utilidad comun. A Ciceron le dieron el glorioso nombre de *padre de la patria* por la feliz y vigorosa resistencia que hizo á la conjuracion de Catilina. Este, al parecer, era un mérito grande, pero en realidad equívoco; porque le iba á Ciceron, no sólo el consulado, mas tambien la vida, en que no lograrse sus intentos aquella furia. Es verdad que despues, cuando César tiranizó la república, se acomodó muy bien con él. Los sobornos de Jugurta, rey de Numidia, descubrieron sobradamente qué espíritu era el que movia el senado romano. Toleróle éste muchas y graves maldades contra los intereses del Estado á aquel príncipe sagaz y violento; porque á cada nueva insolencia que hacia enviaba nuevo presente á los senadores. Fué, en fin, traído á Roma